



# El sentido del tiempo en el confinamiento

LUIS PORTER

PROFESOR JUBILADO DE LA UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA METROPOLITANA UNIDAD  
XOCHIMILCO



►  
Figura 1  
Luis Porter

“Sabia virtud de conocer el tiempo”  
Renato Leduc dijo sobre el tiempo  
Un tema para hablar en este tiempo  
En que perdimos la noción del tiempo.

Hubieron días, eran otros tiempos  
En que a una cita llegábamos a tiempo  
Y ya reunidos perdíamos el tiempo  
Entre tiempos y entre contratiempos.

Pensábamos que la vida era un tesoro  
Hecho de tiempo e infinitas horas  
así lo definíamos, el tiempo es oro.

Hoy sabemos que nos sobra el tiempo  
Y no hay forma de darle una medida  
Al tiempo que se va, tiempo que es vida.

**N**O ESTARÍAMOS mintiendo si afirmamos que la vida es larga. No lo era, no hace mucho. La edad promedio ha cambiado, como todos sabemos. Aunque siempre ha habido longevos, y hasta se la ha calificado como “insolente longevidad” cuando se aplica a algunos próceres históricos. En cada familia, puede haber uno o más longevos, por ejemplo, en mi caso, la mamá de mi papá, la abuela Berta, nació el 16 de septiembre de 1896 y falleció el 20 de enero de 1992, a los 95 años. Comúnmente se señala como causa de



este periodo extra o de pilón al avance de la ciencia; otros lo adjudican a la predisposición genética y los correctos hábitos de vida, sobre todo la alimentación equilibrada. Hay estudios (por ejemplo, los del Dr. Dilip Jeste, gerontólogo de la Universidad de San Diego) que indican que hay rasgos del carácter que también juegan un papel importante para mantenernos vivos, entre ellos la resiliencia (capacidad de recuperarse de situaciones traumáticas), así como ser un “necio”, forma mexicana de nombrar a la terquedad o la porfía, íntimamente relacionado con el afán de control o de dominación. Parece que la necedad aferra a la vida. Aportaría con la hipótesis personal de que otro factor de longevidad podría ser la “capacidad de proyecto”, es decir, el habernos formulado un plan de vida, que nos guía, aunque originalmente haya sido de otro, pero que hicimos nuestro (el Sistema Modular en la UAM Xochimilco, por ejemplo). Curiosamente, también se le adjudica esta capacidad de vivir mucho tiempo a los migrantes, es decir, a los que ha dejado atrás su patria que equivale a perder sus seres y lugares queridos. Fi-

nalmente, otro rasgo importante de longevidad es la flexibilidad y capacidad de adaptarse a los cambios súbitos, que es lo que hoy vivimos con la pandemia, origen de las presentes reflexiones.

En este escrito, me concentraré en el efecto que tiene la nueva situación que todos vivimos frente al riesgo que implica salir de nuestro encierro, sobre nuestra percepción y uso del tiempo. Las circunstancias nos han obligado a abandonar las rutinas anteriores a la pandemia, lo que podríamos llamar la “vieja normalidad”, y nos ha situado a todos, y en este caso, al decir todos, nos referimos al mundo entero, en una nueva dimensión que cambia día a día, sin dar respuestas definitivas, sin que vislumbremos una solución en el tiempo cercano, lo que nos sume en una incómoda incertidumbre.

Frente al cambio de reglas de juego sociales, mientras se construyen nuevas formas de convivir, algunos se sienten liberados, porque las circunstancias los hace nuevamente dueños de sus días o de su tiempo o de nuevas partes del mismo. Los hace también conscientes de lo que les gusta y no les gusta, de lo que habían aceptado como imposición de mala gana, así como so-

bre lo que tenían a la mano y no aprovecharon, porque lo tomaron por algo dado que siempre estaría allí. Frente al tiempo detenido, sentados en algún lugar de la casa, surge como decisión urgente la de autodisciplinarnos. En muchos casos, ello deriva del aprendizaje que implica saber “no hacer nada”. Al quebrarse las rutinas conocidas, y relajarse el control que el medio tiene sobre uno, los días cambian de forma, se abren tiempos, en ocasiones largos, en los que uno no está obligado a hacer nada, en los que no hay plazos y las reglas del juego son (se quiera o no) lo suficientemente laxas e inéditas como para hacerles caso. Esta especie de libertad provoca en algunos el sentimiento de estar “perdiendo el tiempo” que, en la sociedad de la eficacia y la eficiencia, de la productividad y los méritos, produce incomodidad, molestia y hasta culpa. Frente a la amenaza de la enfermedad y de la muerte, esta liberación es, para algunos, paradójicamente insoportable. Se hace claro que prefieren los límites, eso que muchos llaman “estructura” y no son otra cosa que las ataduras que le daban sentido y cauce a su jornada. Por eso, hay tantos que no se “hallan” fuera de sus espacios de “trabajo” y se



Figura 2  
Personas  
en una video-  
llamada  
En: [shorturl.at/  
oDJOV](https://shorturl.at/oDJOV)



sienten incómodos en su casa. Algo que ocurría también antes, sin necesidad de pandemia. De la amplia tipología de situaciones que adquieren nuevo sentido en estos tiempos, no estamos tocando a aquellos situados en la cultura de la sobrevivencia en que su tiempo se limita al día de hoy, pocas horas de una jornada en la que deben obtener recursos para sobrevivir. Este escrito se refiere a los colegas profesionales, parte de esa clase media ilustrada con preparación para entender que estamos frente a una pandemia que amenaza nuestra vida, y entienden que son de los privilegiados que pueden establecer una estrategia personal, siguiendo los parámetros queda el gobierno, para evitar el contagio y la propagación del mal. Esto los hace dependientes de decisiones que provocan paulatinos cambios y nuevas imposiciones, mismas que obligan a rehacer sus rutinas de vida.

“Rutina de vida” no es otra cosa que un tipo de automatización de nuestro tiempo por jornada, una normativa que nos imponemos y que consideramos que es lo normal para nosotros. Los que reconocen y aprovechan la pandemia como causa de esta rara e inespera-

da oportunidad en la que es posible “desautomatizarse” y rehacer su rutina, es decir, el contenido y sentido del uso de su tiempo, se enfrentan a una especie de borrón y cuenta nueva, que genera preguntas necesarias por responder: a) ¿en las nuevas condiciones en proceso, seremos capaces de rehacer nuestras rutinas y vivir el nuevo tiempo aceptando las cambiantes reglas del juego?, b) ¿asumimos estos cambios como una inesperada libertad o vemos esa libertad como un descontrol que se parece al sentimiento de estar perdiendo el tiempo? ¿Pensamos que es justamente el tiempo perdido el que resulta eterno, porque es un tiempo que no se consume, que no se gasta, que en alguna medida psicológica nos hace inmortales, aunque nos incomode porque nos lleva a sentir esa rara “culpa de estar perdiendo el tiempo”? Trataremos de responder estas preguntas, partiendo de otra más fundamental o básica: ¿dentro de qué concepto del tiempo nos hemos movido sin siquiera saberlo o preocuparnos por ello?

Gracias al sistema imperante, hemos hecho nuestro (hemos internalizado) un concepto de tiempo mercantil que se define en el dicho: “el tiempo es oro”. El tiempo como mercancía tiene su expresión en la carátula de un reloj o en el de un calendario. Le ponemos nombres: siglos, lustros, años, meses, días, horas, minutos, segundos. Es un concepto que sigue la idea griega del “ser o no ser”. Tenemos equis número de años, hasta el día del aniversario, en que pasamos al siguiente. Negamos el “estar siendo”; no nos damos cuenta que cumplimos años cada día del calendario.

Hay otra forma de concebir el tiempo, totalmente distinta, que no responde al ser o no ser, sino al devenir del tiempo. Está sentado, o está de pie, contra

Figura 3  
Nueva normalidad  
En: [shorturl.at/pCF08](http://shorturl.at/pCF08)





“se está sentando, se está poniendo de pie”. En el “estar siendo”, cumplimos años todos los días y al cumplirlos no se borran, ni se pierden, el joven que fuimos de 17 años o el hombre maduro que fuimos a los 45 o el mayor de 70, siguen allí, se van acumulando, somos todos ellos, Un tiempo que puede ser lento, cuando esperamos un documento frente a una ventanilla o veloz, cuando nos vamos de vacaciones o nos deleitamos con un manjar o una golosina. El tiempo tiene múltiples dimensiones al mismo tiempo, se extiende y se contrae fuera de nuestra voluntad. Es un tiempo contrario al que se define como “el tiempo es oro” y nos dice que “el tiempo es vida”. De estas dos dimensiones, la primera es cronológica (le hace caso al dios Cronos) y la segunda tiene como principal cualidad el no poder medirse (le hace caso al dios Aión). Los filósofos griegos le llamaron al tiempo Aión, el “tiempo niño”, porque es un tiempo libre, o si se quiere, es un tiempo “juguetón”. La mitología griega dice que es en contraste a Crono, que tiene el tiempo empírico dividido en pasado presente y futuro, Aión es el dios del tiempo eterno, de los afortunados, que no tiene ni comienzo ni final.

El hecho de que la pandemia nos haya obligado a suspender nuestra rutina que considerábamos “normal”, confinarnos, haciendo cuerdo caso a las autoridades sanitarias: al obedecer el “quédate en casa”, al clausurarse o suspenderse las actividades no esenciales, que incluye gran parte de las fuentes de trabajo, recreación, servicios, movilidad, se ha cambiado el orden y afectado el ritmo, el espacio o la velocidad de los días. Si hacemos caso al dios Cronos (padre de las horas, de las estaciones, de las cosechas, del tiempo que pasa) diremos que hoy, con la pandemia, estamos



detenidos, navegando hacia una “nueva normalidad”. Se ha roto el tiempo del que se habla en el contrato que firma institución (proyecto, empresa, negocio o actividad remunerada), en nuestro caso el que firmamos con la universidad.

Utilizando el ejemplo del profesor o la profesora universitaria, presentamos una ilustración y agregaremos otro concepto clarificador derivado del latín y del griego, que nos ayude a encontrar las respuestas que buscamos. En el caso de un profesor universitario similar al de un maestro de escuela, el contrato impone ciertas condiciones y horarios, sin embargo, una vez activos en el ejercicio profesional, nos damos cuenta paulatinamente, o de golpe, que el compromiso firmado no se limita a lo institucional (horario, condiciones, contenidos), sino que es un contrato que tácitamente firmamos con otras entidades aún mayores o de mayor importancia que son dos: 1) con el conocimiento (nuestra propia formación y desarrollo humano) y 2) con las nuevas generaciones (su formación, su orientación en

▲  
**Figura 4**  
 Dios Aión, Tellus  
 y cuatro niños que  
 representan  
 las estaciones  
 personificadas.  
 Mosaico romano de  
 comienzos del siglo  
 III hallado en una  
 villa de Sentinum.  
 Gliptoteca de  
 Múnich  
 En: [shorturl.at/  
 iluKO](http://shorturl.at/iluKO)



su desarrollo humano). Al darnos cuenta que nuestra relación con el mundo no es sólo institucional y mercantil, sino que es un servicio mayor de tipo social, pasamos de una concepción del tiempo a otra que llamaremos “el tiempo escolar”. Aquí es importante hacer una aclaración sobre el verdadero significado de la palabra “escuela”, del latín *schola*, y del griego *scholē*, significa “ocio, recreación o tiempo libre”. Esto es así porque, desde sus orígenes, el aprendizaje estaba relacionado con la idea de entretenimiento e interés individual, distanciándose de las obligaciones y del trabajo. La escuela era concebida como “tiempo libre para la reflexión y el aprendizaje, que sólo puede darse en el relajamiento y la distensión”. Este es un tiempo contrario al de la actividad remunerada (Cronos) es decir, el mundo mercantil de los negocios. Confrontemos ocio y negocio, enseguida notamos que negocio, es no ocio, y vemos entonces que la escuela, el tiempo escolar, se ubica dentro del tiempo de Aión. Agreguemos para cerrar este circunloquio que la escuela de hoy ha perdido su carácter de reflexión en la paz, pues hoy, social y culturalmente, se comete el error de entender el estudio como tarea, incomodidad e imposición en lugar de una oportunidad para producir conocimiento nuevo y participar en la educación de los jóvenes.

Nos interesa entonces, ahora que tenemos más y mejores herramientas conceptuales, analizar cómo, en nuestra calidad de ciudadanos y maestros (en el campo que sea) manejamos el tiempo en la reclusión, cuarentena o confinamiento. Hemos visto que el tiempo cronológico es el tiempo que, al igual que nuestro corazón, hace tic-tac. Es el mecanismo que puede ser una máquina detrás de la carátula del reloj o

un órgano situado al centro del pecho, que nos dice, nos advierte, que en algún momento sobrevendrá ese punzante y álgido instante, semejante al que vivió hace pocas semanas (enero 18, 2020), David Olney, ya que mientras daba un concierto frente a su público: dejó volar sus últimos acordes, cerró los ojos y murió. Acordes que en estos mismos instantes continúan viajando por el camino sin tiempo hacia el espacio sideral, igual que su memoria.

La edad, y la longevidad que da paso al retiro o jubilación, juega un papel importante en estos días de cambios e incertidumbres. Aquellos que antes de la pandemia estaban articulados al sistema económico, por medio de un vínculo formal o informal, se encontraban en movimiento, porque formaban parte de un proyecto. La clave para que la vida tenga un sentido tiene que ver con la idea de plan o proyecto. De esa manera, teniendo un proyecto personal, uno se crea un destino, una dirección y hasta una vocación. Al detenernos en esta especie de limbo que es el confinamiento, y mas que ello, la parálisis general de la economía de un país, ante la amenaza de una enfermedad sin cura científica, todavía se hace evidente si nuestra vida estaba estructurada alrededor de un proyecto con el que estábamos de acuerdo o no. Son los proyectos los que nos integran a la comunidad circundante, la que promueve colectivos, los que nos dan identidad, lo mismo pasa con una sociedad, pensemos en el proyecto nacional, social e institucional del que formamos parte.

Al quedarnos confinados, en compañía de nosotros mismos, sin la estructura del proyecto que nos sostenía, nos enfrentamos a incógnitas que podríamos ver como nuevas oportunidades. Una de ellas es la oportunidad de actualizar



nuestro proyecto o pensar en un proyecto nuevo (no importa la edad que se tenga). Es el placer de seguir produciendo, pero ahora prescindiendo de los mandatos o reglas de juego a la que nos obligaba determinado contrato, circunstancia o situación. Podemos tratar de seguir haciendo lo que hacíamos, y si no, podemos hacer cosas nuevas que siempre quisimos hacer, o si no, podemos darnos cuenta de que no le habíamos dedicado pensamiento al proyecto en nuestra vida, a nuestra personal sensibilidad y vocación y que ya es hora de hacerlo, todo lo cual es positivo, si respondemos al desafío. Publicar, participar, exponer, comunicarse, cocinar, limpiar, ordenar, sumarse, hacer, jugar, bailar, sin necesidad de gestionar nada ni de pedir permiso a una autoridad ajena, sino en casa y en familia, constituye o puede constituir una forma de disfrute emancipatorio, para lo que antes no había tiempo. Moverse en el espacio restringido del confinamiento le da a nuestro personal ritmo de vida,

juego de vida, al estar en el tiempo (Aión), un aire de acontecimiento natural, una legitimidad que anula la necesidad del permiso que antes alguien nos daba.

Vivimos en un estado que, sin pretenderlo, nos devuelve una libertad olvidada, misma que sólo sabremos aprovechar si somos capaces de procurar que esa libertad nos deje libres. Libertad que toma la forma de un nuevo tiempo en la que nuestra sensibilidad se pone a flor de piel y nos ayuda a ser lo que somos, y no otra cosa. Sin quererlo ni preverlo nos movieron afuera del tiempo del dios Cronos. Hoy ya no es reconocible el domingo con respecto al lunes o el jueves con respecto al miércoles o el nombre que le pongamos, da lo mismo.

La amenaza de caer enfermos nos ha despojado de la investidura del estatus alcanzado: grado, nivel, calificación, credenciales, prestigio, currículum, etc. Ahora no es tiempo para seguir haciendo méritos que podamos mostrar a los

Figura 5  
Actividades en la  
nueva normalidad  
En: [shorturl.at/  
bcsvK](https://shorturl.at/bcsvK)





demás (currículum vitae), ahora es tiempo de comprobarnos a nosotros mismos quién se es y qué es uno capaz de hacer. Es un tiempo sensible al mérito propio y al darse gusto, una capacidad que pocos asumen.

¿Sabemos jugar? Hoy estamos haciendo a un lado la mente que mide, la mente que razona, la mente lógica, para dar paso a la mente sensible a la mente creativa, a la mente poética, artística, juguetona, no importa que hagamos y que seamos. Hay diversas formas en que la sensibilidad se manifiesta: una es reconociendo el amor que le tenemos a nuestra vocación, si tuvimos la dicha de escoger la carrera adecuada, o el amor que le tenemos a los demás, si hay inclinación de servicio o a nosotros mismos que, después de todo, es por donde hay siempre que comenzar (ama al otro como a ti mismo, o sea, el amor a ti mismo es la medida), otra es la presencia activa de nuestra imaginación creando imágenes, dándole sentido a nuestro sentir. Otra es llenar cualquier vacío de la lista aquí esbozada.

¿Estás o te sientes encerrado? ¿Vives en un país donde no se sabe qué viene después? Un consejo es leer menos noticias y abrir la imaginación como un ventanal que se mantenía cerrado, y ahora deja entrar toda la luz. No podemos salir, pero podemos dejar entrar, reconocernos en las múltiples formas del ser imaginativo, porque es la imaginación la que dice, la que habla, y lo hace con símbolos reales que forman parte de la nueva realidad a la que nos asomamos, que no es otra cosa que la de nuestra propia vida con todos sus anhelos allí presentes, caminando hacia un nuevo contexto que no sabemos cómo será.

Me atrevo a afirmar que al quedar libres de las ataduras a las que obliga-

ban las reglas de juego de la “vieja normalidad”, la razón/sentir le abre paso al artista que todos llevamos dentro, invitando al poeta que intuye hacia dónde va el tiempo y los caminos que dentro de ese tiempo podría tomar. Existe el miedo escondido de que al tener que quedarnos dentro de casa (real o metafóricamente), al dejar de acumular méritos para los demás, vayamos paulatinamente disminuyendo en lo que somos, especialmente en lo que somos frente a los demás. Peligroso error pensar así. El confinamiento, o digamos, el irnos adaptando a una futura normalidad en donde la enfermedad seguirá siendo una amenaza e impondrá limitaciones, nos pondrá en un espacio donde deberemos seguir creciendo, para ser mejores de lo que alcanzamos a ser en la vieja normalidad. Lo que por gracia y obra del esfuerzo y entrega a nuestro proyecto se convirtió en prestigio que nos hizo seres respetados, queridos, reconocidos y afortunados. Ahora se trata de convertir las incógnitas en nuevas fuentes o posibilidades de felicidad. Es constructivo no quedarnos en un mundo que no preveía pandemias. ¿Quién quiere estar en un mundo donde ganan más los que más tienen y el gran resto se queda realmente confinado haga lo que haga? Creo que podemos aplaudir no habernos quedado en aquel tiempo y estar ingresando en uno nuevo, un tiempo preciado, porque puede ser, potencialmente es, el tiempo de la plenitud. Muchos dicen que la pandemia es una respuesta al mal orden global que nos sometía y subordinaba a valores equivocados con reglas de juego siniestras.

Imagino que en la futura normalidad, el tiempo de vida productiva y las repercusiones y ecos de nuestro hacer ocurrirán con más silencio, sin campa-



◀  
 Figura 6  
 La futura  
 normalidad  
 En: [shorturl.at/  
 cmoBN](https://shorturl.at/cmoBN)

nas redoblando, ni entrega de diplomas, premios o medallas. Ocurrirán como algo natural, como si nada. Tuvimos la mala costumbre de concebir el tiempo como un reloj que va del antes al después; sin embargo, el tiempo de hoy, en el confinamiento, es más parecido a un espiral, que nos encuentra girando hacia un centro, un centro que desconocemos. El centro de los tiempos ¿qué es? si no es la eternidad, es algo por el estilo. El centro de los tiempos es de donde parten todos los caminos del tiempo.

En la vida de todos, tarde o temprano nos sorprenderá el hecho inesperado (o esperado) de un “fin de ciclo”: un nacimiento, una muerte, un final o un principio. Este que estamos viviendo es claramente un fin de ciclo. Llega y puede tomar la forma de un poema, porque el poema como el cuento presentan un conflicto por resolver. No siempre lo resuelven, pero lo presentan de la mejor manera, es decir, de una manera estética. Visto así el significado del “fin de ciclo” puede asumir formas tristes o festivas, pero es identificable, lo podemos reconocer, por tanto puede ser gozable, disfrutable. El que da ese pa-

so, darle forma de poema a un fin de ciclo, ingresa al territorio en el que puede aspirar (en el tiempo) a cierta grandeza, la grandeza del que está contento consigo mismo, con la conciencia tranquila frente a los que de alguna manera es o se hizo responsable. No hablamos de la grandeza de la fama o de la riqueza, sino de la que surge al vernos al espejo y sonreírnos por haber cumplido.

En qué buena medida la grandeza de una persona plena reside en su capacidad de empatía con el otro, de la misma forma en que la grandeza de un maestro reside en su capacidad de empatía con el estudiante y consigo mismo, hoy desde nuestra solitaria libertad. Esa nueva libertad que nos invita a perder el tiempo, a no “hacer” nada, al ocio propio de la escuela, al tiempo niño, jugueteón, Aión, que nos permite asumirnos artistas, hacedores, impresores, como era nuestro abuelo, como es mi hermana y fue mi madre, escritor como fue mi padre, arquitectos, como somos algunos de nosotros, empleados, profesionales, trabajadores, lo que el que esto lee sea, entre las miles de formas válidas y legítimas de ser uno, y al ser saber unirnos con nuestros semejantes.

